

Políticas de la pandemia

¿Llegará el coronavirus a aplastar las demás luchas en curso?

Néstor García Cancliniⁱ

10/04/2020 - 17:18

Clarín.com

Revista Ñ

En este ensayo exclusivo, el antropólogo argentino Néstor García Canclini examina cómo el coronavirus podría resetear la agenda política mundial en la peor dirección. Mientras los periodistas de TV se convierten en *youtubers* y el FMI adopta un “maquillaje” humanitario, lo que sigue en juego son la “desciudadanización” y la pérdida de derechos civiles. Y también su reflexión sobre todo lo que hemos recuperado con el encierro.



Pasando por el túnel sanitizador, anteayer en el ingreso al mercado Vega Central, en Santiago (Chile. El Túnel de la Vida es una de las medidas implementadas en esta comunas sin cuarentena obligatoria. EFE/Alberto Valdés

Ni las caídas del muro de Berlín y de los bancos en 2008, ni el derrumbe de relatos en la posmodernidad ni el rearmado precario en la “integración” globalizada habían desbaratado tan rápido lo que creíamos entender sobre las desigualdades y la sobrevivencia o el futuro del trabajo bajo la especulación financiera. Recordamos que

pestes de otros siglos o el sida, el Ébola, el SARS, la H1N1 habían destruido millones de vidas, pero el alcance devastador del Covid-19 obliga a nuevas preguntas. Por eso me propongo **diferenciar los deseos sobre lo que quisiéramos que ocurra luego de la pandemia, de lo que es razonable esperar y lo que podemos pensar y hacer ahora**. Me centro en cómo se altera nuestro modo de comunicarnos e incomunicarnos y si, a partir de los cambios actuales, **es posible que los ciudadanos transformemos las maneras de acompañarnos y tomar distancia**, entender las desigualdades y lo que es ineludiblemente común.

La **desciudadanización** - o sea, la pérdida de derechos de los ciudadanos- viene ocurriendo **desde que la videopolítica trasladó la formación de la opinión pública de las plazas y las calles a las pantallas**. La ampliación del espacio social y las interacciones en Internet redistribuyeron el micrófono en las redes y nos volvieron a todos vulnerables: **nuestros comportamientos son grabados y combinados en algoritmos de lo íntimo (opiniones, gastos, temperatura, formas de atendernos o rebelarnos)**. Todo esto se acentuó en la pandemia, pero con un reordenamiento sorprendente en las interacciones entre Estados, empresas y ciudadanos. Entre instituciones y aplicaciones.

Sintetizo rápido mutaciones en nuestras herramientas y en el lenguaje:

- **En 2000 decíamos zapping y ahora googlear y streaming.**
- **Del disquete pasamos a USB y la nube.**
- **Los adolescentes no saben qué es un fax; usan WhatsApp, Instagram y Snapchat.**
- **El walkman, el casete y el CD fueron olvidados; ahora, Spotify o YouTube.**
- **En vez de DVD y Blu-Ray, Netflix, Prime y Hulu.**

Y una rejerarquización importante. La radio y la TV dejan de transmitir desde sus estudios y editar la información y los espectáculos: los periodistas, opinadores, músicos y animadores de *talk shows* hablan y cantan desde sus casas. **Sin proponérselo, dice Raúl Trejo, “se convierten en youtubers”**. Ganan simultaneidad y espontaneidad, pero las transmisiones pierden calidad y la confusión de datos de expertos y experiencias artísticas desteñidas o engaños y otros virus hacen desear **que acabe el virus de la pandemia para que retornen los editores, disminuidos en la prensa y los medios**, casi inexistentes en las redes.

Creímos que los novedosos dispositivos digitales acrecentarían la participación. Cuando **advertimos que empoderábamos a cuatro gigantes electrónicos** (Google, Apple, Facebook y Amazon) con nuestros datos, para que los revendieran y nos controlaran, el lugar de los ciudadanos en la globalización fue diluyéndose.

No basta entender las sorpresas tecnológicas para captar qué está sucediendo. Megalópolis como la Ciudad de México y otras latinoamericanas, **donde fallaron los programas para reducir el tráfico y la contaminación, muestran sus calles semiabandonadas**. En pocas semanas, países modélicos –Estados Unidos y Gran Bretaña para neoliberales, varios europeos para admiradores de lo que resta de socialdemocracia- encabezan las estadísticas de enfermos, sin capacidad de atender a todos.



Néstor García Canclini, en su última visita a Buenos Aires.
Reside en Ciudad de México. Foto: Andres D'Elia

Quienes repudiaban que el Estado gastara en bienes públicos destinan millones de millones de dólares para aminorar la catástrofe. Estados de bienestar con investigación de punta ofrecen a miles de moribundos, **ante el déficit de camas con respirador, apenas un iPad para despedirse de la familia.** Enemigos del populismo en Argentina elogian a Alberto Fernández, mientras que el líder macrista, Horacio Rodríguez Larreta, jefe de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, lo acompaña para avalar medidas severas: pareciera que la pandemia ha suspendido parcialmente la grieta política de décadas (aunque resurge en la falla con las colas de jubilados mal planeadas en los bancos).

¿Salvar vidas o la economía? **La respuesta llega de organismos que incitaron a endeudarse: el Banco Mundial y el FMI,** sus directores, piden en comunicado conjunto del 26 de marzo que los países industrializados “congelen el reembolso de deudas” para 76 naciones de bajos ingresos y promueven para todos “restablecer el empleo” y atender la salud. **Se ahondan las sospechas sobre la democracia,** decenas de grupos de investigación (dos en París), estudian si el autoritarismo asiático, el control de la población mediante metadatos, o algún arreglo de la democracia occidental es más eficaz para detener los funerales.

Intentar predecir cómo cambiarán nuestras maneras de vivir y esperar, en las élites y en las masas, es temerario: se ve en el desconcierto de organizadores de congresos y torneos deportivos programados para mitad de año que no saben en qué mes podremos viajar. Al 2 de abril, 3 mil millones de seres humanos están confinados en sus casas. **En 208 países el coronavirus está exigiendo reorganizar la vida.**

¿Ciudadanos empoderados?

Lo ocurrido antes y durante la pandemia con los recursos tecnológicos de control social y con las rebeliones hace dudar de si el experimento actual con el teletrabajo masivo y el aislamiento serán **aprovechados para inhibir largo tiempo las protestas (de China**

a Chile) o pueden ser aprovechados para fortalecer a los movimientos ciudadanos.

Diferenciamos los deseos sobre lo que quisiéramos que ocurra después de la pandemia de lo que es razonable esperar. Luego de todas las revoluciones fracasadas del siglo XX, esa palabra suele aplicarse a **otras tres transformaciones: la ecologista, la feminista y la digital**. El ecologismo se expandió como movimiento social, pero los objetivos fijados por organismos internacionales para 2020 no se cumplen porque no se quiere racionalizar el crecimiento económico enfrentando a transnacionales, o por la indiferencia de los contaminadores en Jefe (China, Estados Unidos, Rusia).

Las rebeliones feministas y los cambios cotidianos en las prácticas de género dan sentido a usar el término revolución. Sin embargo, sus logros en la legislación (matrimonio igualitario, legalización del aborto, reconocimiento de derechos en la educación) ocurren en pocos países o ciudades. **Es una revolución más societal que de los Estados e instituciones**. La vibrante fuerza y expansión de los feminismos permite imaginar avances institucionales duraderos y más extendidos, pero **el sitio central de las marchas del 8 de marzo de 2020 en los medios fue desbancado en la misma semana por el coronavirus**.

Donde suena más convincente el término revolución es en los dispositivos y comportamientos digitales. Las corporaciones electrónicas reorganizan la comunicación social y subordinan a los Estados y organismos internacionales. ¿Cuáles son sus claves? Expansión veloz de la oferta, acceso global de los usuarios a información y entretenimiento sustrayendo datos y vendiendo su articulación algorítmica para controlar los comportamientos. **La mezcla de servicios, espionaje y disciplinamiento masivo ha sido revelada por expertos** y tímidamente enfrentada en zonas limitadas, como la Unión Europea con su Reglamento General de Protección de Datos, aplicado desde mayo de 2018.

La destrucción de la flaca gobernabilidad mundial y la cancelación de la ciudadanía se extrema en la pandemia: **China posee 400 millones de cámaras en sitios públicos (1 cada 4 habitantes) y nos impresiona por su capacidad de detectar en cada cuadra comportamientos “peligrosos”.**

¿Qué podemos esperar?

Ante este paisaje, en vez de predicciones, es preferible discernir qué parece esperable y qué no. Sobre todo, lo estratégico por debatir.

1. Hay una recuperación de la ciudadanía, que venía manifestándose en los movimientos feministas. Los ambientalistas advirtiéndolo de la crisis climática; jóvenes indignados y precarizados; primaveras árabes y latinoamericanas cuestionando el control político-mediático; las rebeliones de los espías (Telegram, foros y agencias independientes de verificación de datos, criptopunks y otras redes de contrainformación). La pandemia muestra en muchos países que los ciudadanos-consumidores vamos delante de los gobiernos en organización para cuidarnos, distribuir servicios alimentarios y de salud a domicilio, y compartir información de manera rápida y globalizada.

Los partidos y sindicatos, desacreditados mundialmente desde hace décadas, **quedaron enmudecidos. Sabemos por movimientos de solidaridad ciudadana (pienso en los sismos mexicanos) que suelen ser de alta intensidad y corta duración.** Pero, como todo es tan inédito, vale indagar qué facilitaría consolidar en tiempos de postpandemia algunas de sus novedosas iniciativas. Las que se fortalecen en redes digitales, exigen a las corporaciones controlar noticias falsas o no proveer datos a gobiernos antipopulares, ¿se reafirmarán gracias al crecimiento de redes offline: las vecinales, las de colegas, amigos, familiares –aun dispersos en varios

países-, expertos desobedientes y muchos más? Ser ciudadanos no se reduce a lo que hacen con nosotros los algoritmos ni las empresas tentaculares.

2. No sobrevalorar esperanzas en una reconversión voluntaria del capitalismo. Ni descartar una reconversión forzada. Recordemos las amargas crisis de los años 90 (desestimadas al reducirlas a culpas de países latinoamericanos: crisis tequila, samba, etc.); la catástrofe financiera y social global de 2008 (no solo Lehman Brothers y otros bancos quebraron; seis millones de estadounidenses, más millones en otros países, perdieron sus viviendas a medio pagar). Si después se reincidió en la especulación financiera irresponsable, los préstamos impagables, crecer mediante “el ladrillo”, etc., **no hay razones para ilusionarnos con que las muertes masivas y el fracaso económico vuelvan socialmente solidarios a los poderosos.** No descarto que algunos realicen maquillajes “humanitarios” en sus empresas o hagan donaciones ínfimas, a lo Mark Zuckerberg, para apoyar algún área de investigación científica. Sin embargo, se agrava un rasgo del capitalismo, acentuado en la temporada neoliberal: miles de trabajadores, migrantes, jubilados y jóvenes son prescindibles. Judith Butler habla de que el capitalismo tiene límites: ¿cuáles son esos límites en una economía con formato electrónico dominante? La más rápida recuperación sanitaria y económica de China, cuyo capitalismo se sostiene en el disciplinamiento, obliga a pensar en el liderazgo económico que puede tomar el gigante asiático y el impacto que tendrá en América Latina, donde es primer o segundo inversor en varios países. **Si China extiende su dominio económico, su prestigio sanitario y sociocultural ¿exportará el disciplinamiento?** ¿Qué alternativas tenemos al reemplazo de un imperio por otro cuando la caída de las economías y del empleo empeore el malestar y **multiplique el poder de las mafias, ya logrado al sustituir a los Estados en el control de territorios enormes y “ayudando” a sobrevivir a millones?**

Hay gobiernos, como el actual en Argentina y varios europeos, **dispuestos a cambiar las interacciones decisionales en las disputas entre Estado, empresas y**

movimientos sociales. Pero también es **esperable que en otras naciones las conversiones sean más bien religiosas y conservadoras, en busca de jerarquías,** como la que en Brasil entregó a Bolsonaro el ejercicio incompetente y regresivo del poder. Como estas regresiones llegaron, también en otros países, a través de elecciones, o sea sumisión consentida, entran en las cuentas de qué esperar de los ciudadanos. Las urgencias de una “dictadura sanitaria” están (¿por ahora?) **agrandando el papel de las fuerzas armadas en todos los países afectados** y avalando la vigilancia permanente y generalizada.

3. Si los nuevos modos de hacer y pensar la política pueden partir de los ciudadanos más que de los partidos, miremos la cultura cotidiana. El pasaje del teléfono al WhatsApp y de la memoria histórica de las fotos al efímero Instagram es, más que una innovación tecnológica, un cambio civilizatorio. Tres de sus rasgos: a) la sustitución de la presencia por la comunicación a distancia; b) la obsolescencia veloz de los mensajes escritos y visuales, relegando la historia personal y colectiva; c) en vez de las instituciones, las aplicaciones. La pandemia refuerza los tres.

Duración de las cuarentenas El aislamiento físico de la familia y los amigos impuesto por el Covid-19 **nos hace revalorar los encuentros presenciales, las vivencias a distancia que trae Zoom.** Nos alejamos de tantas interpretaciones escandalizadas porque, en la mesa donde se habla de lo que quieren los padres y abuelos, los adolescentes prefieren estar en otra parte. No es tan cierto que la exuberancia de selfies en el museo implique solo narcisismo, ya que muchas se toman pensando en un destinatario. Los otros, de los que la mensajería digital suele desaparecer esa forma de presencia que es la voz, **reaparecen en la pandemia de balcón a balcón, o esperando la hora de la cita virtual,** cuando ya no podemos besarnos ni apretarnos las manos pero sí vernos o hablarnos.

Las experiencias de enseñanza a distancia mirádonos **van a transformar la educación cuando ya no nos motive la emergencia**. En Buenos Aires, en Londres, en Nueva York los psicoanalistas, llevados a no ejercer en el diván sino en el teléfono o el Skype están haciendo hallazgos sobre qué tipo de presencia tiene la voz sin el cuerpo. ¿Qué prefiere el analista o el analizado: apagar la cámara? **¿Dónde late mejor lo siniestro de estos días?**

Más que las banalidades post 1989 sobre el fin de la historia, es preciso tomar en serio los estudios sobre jóvenes acerca de su presentismo, su indiferencia hacia el pasado y sus dudas radicales sobre el futuro. En la Encuesta Nacional de Juventud 2005 en México, antes de que se diseminaran las redes sociodigitales, entre las frases propuestas a los encuestados la elegida fue “El futuro es tan incierto que es mejor vivir al día”. Estudios en otros países fueron demostrando que **este rasgo era coherente con sociedades donde se eliminan la seguridad social y la continuidad en los trabajos**. ¿Por qué jóvenes obligados a subsistir con proyectos discontinuos van a interesarse en calendarios políticos donde los presidentes se eligen por cuatro o seis años o los legisladores se reeligen por más tiempo con beneficios asegurados a largo plazo que contrastan irritantemente con la precariedad de la mayoría? La sucesión efímera de mensajes, noticias e imágenes de ocasión vino a reforzar, no inició las narrativas rotas.

Sin embargo, en este capitalismo que arrasa toda certeza, donde tantos sienten que el hackeo y el escrache son más efectivos que el voto, si bien los jóvenes se adhieren a causas y no a partidos, o solo a acontecimientos, están menos presos del celular de lo que suponíamos. La cuarentena reveló que podemos estar pendientes del móvil si es posible estar y no estar en casa: **recluidos en las llamadas y los mensajes, pero en realidad esperamos lo que está fuera de la pantalla**: conseguir trabajo, saber cuándo será la fiesta, dónde hay que estar el sábado.

Los vínculos con los otros estaban contenidos, más o menos, por instituciones. Las certezas de estar acompañados las ofrecen ahora las aplicaciones. Las instituciones demoran, siempre fueron tortuguescas, exigían escribir sin errores, pararse derecho. **La velocidad de las aplicaciones venía clausurando ese mundo de trámites y vuelva la semana próxima.** Pero en el aparato con que muestro que soy yo quien está esperando el Uber también huyen nuestros datos íntimos, secuestran lo que imaginábamos propio. **De pronto, la pandemia recordó que importa lo no digital: cuántas camas hay en los hospitales,** lo útil que puede ser tener dinero disponible y no solo en inversiones que vencerán después de la cuarentena. Hizo vívido que somos cuerpos, cercanos o distantes. No podemos evitar preguntarnos qué hacer con nuestros afectos materializados en otros cuerpos, en esta ciudad (y aquellas que amamos y a las que lamentamos no poder viajar quién sabe hasta cuándo). ¿Qué hacer con nuestros concretos afectos después de la desafección a la política?

La interculturalidad se volvió inevitable pese a la expulsión de migrantes, los cierres de fronteras y las repatriaciones. Los pedidos de que llegue el Estado y se fortalezca, o la disposición a quedarnos en casa, no debería estacionarse en la pregunta de qué vamos a ver o escuchar hoy, si será a través de Netflix, YouTube u otro de los que se volvieron generosos y esta semana dan la cultura gratuita. **Va a llegar el momento en que el autoritarismo de los gobernantes no sea necesario y el de los algoritmos haya resuelto poco.** No hay spoiler para contar el desenlace. Entre otras razones, porque estamos reaprendiendo qué diablos significa ser ciudadanos. Ya probamos otras promesas: las liberales –ser cada uno ciudadano, libre en singular- y los salmos colectivistas de derecha y de izquierda. Y seguimos en cuarentena.

ⁱ *Ciudad de México, 6 de abril de 2020. Nacido en La Plata en 1939, Néstor García Canclini se doctoró en Filosofía en su ciudad y en París. Entre sus libros se cuentan: "Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad" (1990), "Consumidores y ciudadanos" (1995), y "El mundo entero como lugar extraño" (2014).*